

con toda precisión el vasto paisaje.

Abreva el ganado vacuno en un ribazo del río. El aire huele a selva. Un cerdo montés hoza entre los tupidos herbazales.

*

Al tocar la margen opuesta vuelve el loco ajetreo de la Aduana, la pertinaz solicitud de los conductores de petacas, el examen de pasaportes, la búsqueda de contrabando.

Otro metal de voz, y el trueque de billetes por oro azteca indica que estamos en la tierra del Anáhuac.

El tren espera. Revisan de nuevo el equipaje las autoridades fiscales.

Tres horas más tarde era visible todavía el cono del Tajumulco.

Entrada la noche abordamos la ciudad de Tapachula, cuna del gran poeta y prócer de la Independencia. Fray Matías Córdoba.

Qué aspecto de misterio tienen estos pueblos que nos es dado conocer al amparo de la sombra, bajo el indeciso claror de las lámparas.

Un tranvía municipal nos llevó al hotel y luego al parque.

El tranvía es guiado por pequeños borricos, de grandes ojos negros y raído pelambre.

Tiene esta ciudad calles empedradas, activo comercio, una iglesia antigua, cines y Aduana.

Esto es Soconusco, la tierra costeña, famosa por su cacao.

Se toma aún el sabroso chocolate, prescindiendo de los consejos de don Antonio Colmenero, quien para explicar su uso en el siglo XVII, apelaba a la filosofía escolástica.

Al brebaje de hogaño no se le echan rosas de Alejandría, ni granitos de anís, ni gotas de ámbar. Cuando más alguna rajita de canela oscila entre las burbujas del agua.

*

Soconusco formó parte del reino de Guatemala. Los geógrafos de entonces le daban treinta y cuatro leguas de largo.

Fué tanto su renombre que aspiró a gobernarlo el príncipe de las letras castellanas.

Es un suceso interesante.

Corría el año de 1590. Cervantes ya había peleado en Lepanto, ya había estado en Corfú y vuelto de Argel.

Vencido por Lope de Vega, acaba de dejar el teatro.

No había conquistado la gloria, pero era dueño del corazón de doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, en cuyo loor, según dicen, escribió «La Galatea», libro que los comentaristas califican de inefable.

Por todo sostén material tenía un ínfimo sueldo en la Proveduría de las Armadas de Indias y esto gracias a la

valiosa amistad del Arzobispo de Toledo, prelado compasivo que dolía del guerrero, a la sazón casado, pobre y manco.

En largo memorial en que enumeraba sus servicios prestados a la patria, solicita del rey varios empleos, entre otros el gobierno de Soconusco, que no le fué concedido porque se le cambió por el de recaudador de alcabalas en la Mancha.

Yo imagino en esta gobernación al soldado que estuvo cautivo en tierra de moros, y a quien un fraile trinitario rescató por quinientos ducados.

Lo imagino escribiendo el Quijote, llevando al libro sus pleitos con la Real Audiencia, las hazañas de la Conquista, las cosas de encantamiento que relatan Ordóñez y López de Gomara.

Algunos de estos campos serían los de Montiel; la Sierra de Chiapas sería la Sierra Morena, y buenas mozas del partido, estas indias que llevan enagua al desgaire y en las orejas gruesos pinjantes.

Aldonza Lorenzo, con vasto sombrero de agave, sortearía el sol por estos valles en donde se esponjan el olocotón y la naranja. A su paso encontraría desenvueltas Altisidoras bailando oxtum que es alegre y liviana danza.

La gentil Dulcinea no cribaría trigo. —perlas, decía don Quijote,—porque no lo hay en esta costa, pero procrería abejas, y los padres de Aldonza, due-

ños de plantaciones de henequén, y de ganado porcino, enviarían a la Península buenos aparejos y jarcias.

Serían los molinos—los que al triste Caballero le parecieron jinetes—éstos que aun señalan el sitio en que hubo laboreo de minas, atezada piel tendría la pastora Marcela y en el número de los mandrines estaría hoy Fray Luis Meza que daba garrote a los indios so pretexto de explicarles la doctrina cristiana.

Ocasiones no le habrían faltado para defender doncellas. Entre los mismos Amadis que llegaron a la Conquista pocos eran los que como Bernal Díaz se conformaba con sólo una, y el propio Marqués del Valle le era infiel a la Marçayda.

Veo a Cervantes de golilla, fumando cigarros poquites, signo de opulencia, y al craso de Sancho, buen amigo de curas y barberos, convertido en traficante de grana y jiquelite beneficiado.

Don Quijote, montado en Clavileño, iría de Ayutla a Tuxtla, de Huehuetlán a Escuintla, de Tonalá a Pigigiapa.

Me hago la ilusión de vivir en el siglo décimo sexto. Cervantes es todavía Gobernador de Soconusco y la dama que en estos momentos asoma a la vía, su esposa doña Catalina Palacios.

Doña Catalina que vuelve de compras, de gastar el sueldillo del Gobernador: novecientos noventidós pesos y cinco reales...

Conversaciones con Octavio de Romeu

Por EUGENIO D'ORS

MAÑANEROS, escalábamos hoy la colina de los chopos. A postre de tres turbios días de aguaceros, ha amanecido una mañana de junio sin nube; más aquélla ascendía, más nos inundaba, en íntimo goce maravillado, un deslumbramiento semejante al de vivir en el interior de un bacará.

Sirvióse el desayuno en el pabellón de los bustos. Con el Maestro estaban míster y mistres Byne, y Xenius, que acababa de llegar de los Vosgos y había hecho entrar nuevamente en la minerva de los Pellerin de Épinal, algunos arcaicos bojes olvidados, entre ellos no menos que cinco Judíos Errantes. Con la miel pasaban de mano en mano las imágenes lorenas, pero en el momento de los aromados fresones, se examinaron los diseños admirablemente incisivos y minuciosos de Mr. Byne, copia de rejas de antiguas iglesias españolas.

Después se habló de la carrera literaria de René Benjamín y de sus notas

recientes, y menos afortunadas, sobre la Sorbona.

—El malogrado Kallab—dijo Octavio de Romeu—, en sus eruditísimos estudios sobre el Vasari, ha propuesto una hipótesis muy curiosa sobre las diferencias que pueden notarse entre la primera y la segunda edición de su famosa compilación biográfica. La segunda edición contiene mayor número de noticias que la primera, es verdad, pero también mayor número de mentiras... Y los críticos se preguntaban la razón de esta falsía, ya que de error no puede hablarse... Kallab da de ello una explicación profunda: entre la primera y la segunda edición del libro, dice, le había acontecido al Vasari un suceso importante: *había tenido éxito*.

¡Cuántas veces hemos observado en escritores, en artistas, en otros hombres de profesión espiritual o civil, esta disminución, esta deformación, esta impureza, en la segunda parte de